

tro propósito, y, sobre todo, por habernos burlado de esos imbéciles que disparaban contra nosotros por elevación...

XXIII

CON EL PRIMER SOL DE MARZO

10 de Marzo de 1916.

Esta zona de quince o veinte kilómetros de ancho, horriblemente destrozada, que, en nuestra Francia, se extiende desde el mar del Norte hasta Alsacia y sigue la línea de las trincheras donde se guarecen los Bárbaros, esta zona de la gran angustia y de la gloria grande, alcanza por aquí, a mi juicio, el grado máximo de su inverosimilitud de pesadilla, al mismo tiempo que el grado máximo de su horror; digo *por aquí*, porque no tengo derecho para señalar con más precisión, pero, en fin, por aquí, en cierta provincia que, desde antes de la guerra había recibido un triste apodo, algo así como la desolada, la miserable, la piojosa. Con anterioridad a la

devastación era ya una comarca muy árida, casi sin verdor; hallábase constituida por vallejitos desprovistos de vegetación, por algunos ramilletes de pinos desmedrados, y por pueblecillos muy pobres, que ni siquiera tenían el mérito de ser antiguos, porque, de siglo en siglo, los salvajes de Alemania caían sobre ellos, y después de su paso era indispensable reedificarlo todo.

Y ahora, tras de la nueva y descomunal acometida, que ha excedido a cuantas abominaciones se conocían hasta la fecha, resulta muy rara, casi fantástica, esta región de miseria, con sus ruinas calcinadas y con su suelo color de greda, socavado y vuelto a socavar hasta lo más profundo de sus entrañas, como por millares de animales zapadores. Una vez más llego hoy, en automóvil, hasta estos lugares, para cumplir una misión que se me ha encomendado, y confieso que nunca había visto este fangal producido por los deshielos, y en el cual nuestros pobrecitos guerreros de capote azul se atascan penosamente, hundiéndose hasta las rodillas. El corazón se oprime a medida que se avanza por estos cami-

nos deshechos, donde aumenta por días el movimiento de grupos de nuestros queridos soldados, lamentablemente cubiertos de fango y revestidos de una costra grísea. Los contados pueblos que hay en el trayecto, muéstranse cada vez más castigados por los proyectiles de la artillería; dejamos en absoluto de encontrar a lugareñas y a niños; se acabó la población civil, no hay más que cascos azules; pero los hay por millares. El rápido deshielo de las capas de nieve, bajo la acción de un sol repentinamente ardoroso, traza en las lejanías enormes rayas, unas blancas y otras de color terroso. Y todas las colinas que al presente vamos encontrando, parecen habitadas por tribus de trogloditas; cada ribazo que surge frente a nosotros cuando avanzamos, y que por lo tanto se halla fuera del alcance de la vista y de los disparos del enemigo, está acribillado de bocas subterráneas alineadas o superpuestas en muchos pisos, y a esas bocas asoman cabezas humanas, cubiertas de cascos, y que disfrutan tomando el sol... ¿Pero qué país es éste: un país prehistórico o sencillamente muy lejano? De

seguro nadie creería que esto es Francia. A no ser por el viento áspero y helado, viendo el cielo de hoy, demasiado azul para un cielo del Norte, diríase que nos hallábamos en las riberas del Alto Nilo, en la cordillera líbica, donde bostezan los hipogeos...

De nuevo se presenta una apariencia de pueblo, el último que atravesaré, porque aquellos que se vislumbran más a lo lejos, en el camino que conduce hacia los Bárbaros, no son sino informes montones de piedras, con aspecto de túmulos. Por supuesto que éste se halla demolido en sus tres cuartas partes, y muestra por doquier lienzos de pared caprichosamente recortados por boquetes y con negros manchones de hollín en los sitios por donde pasaban las chimeneas. Pero muchos soldados se han instalado alegremente, para almorzar, en los refugios por completo ilusorios que les brindan estos restos de casas; y hasta hay furrieles que, en mesas improvisadas, escriben impasibles sus relaciones...

¡Bang! ¡Una granada!... Una granada que, desde muy lejos y a ciegas, han lanzado los Bár-

baros, sin utilidad definida, pero con la esperanza de que siempre podrá causar daño a alguien. Ha caído en las ruinas de una cuadra destechada, en la cual había atados varios infelices caballos, y dos de ellos caen revolcándose con el vientre al aire, agitando las cuatro patas, como hacen todos a la hora de morir; enrojecen la nieve con chorros de sangre, que les salen del pecho intermitentemente, cual si los impulsase una bomba.

Después del pueblo, que pronto desaparece a nuestra espalda, entro en esta soledad, siempre algo solemne, que, de un extremo a otro de la línea de combate, indica la vecindad inmediata de los Bárbaros. El sol de Marzo, asombrosamente pesado, centellea sobre este desierto trágico, donde inmensas placas de nieve alternan con extensiones de color de fango. Y ahora, siempre que el carruaje se detiene, por una vacilación o por cualquier causa, y el motor enmudece, se oye cada vez más fuerte el ruido del cañón.

Al fin he llegado al último punto a que puede conducirme el automóvil; si le hiciese avanzar más, sería visto por los *boches*, y los proyectiles

de artillería, que vagabundean acá y acullá en el aire, convergerían sobre el vehículo; necesito dejarlo « en la cochera », con los conductores, detrás de un repliegue del terreno, y continuar solo, a pie.

Ante todo, tengo que telefonar al Cuartel general, — y « la oficina » es este agujero negro disimulado entre raquílicas malezas; por una escalerilla angosta, me hundo hasta siete u ocho metros bajo tierra, y allí me encuentro, en calidad de « señoritas telefonistas », a cuatro soldados, a los cuales unas minúsculas linternas eléctricas iluminan con fulgores de luciérnagas. Son territoriales, cuadragenarios, y el que me guía hasta el aparato lleva en un dedo un anillo de boda, — sin duda este hombre tiene esposa, hijos y un puesto en alguna parte donde hay luz y aire y es posible vivir. No obstante, me cuenta que lleva ya seis meses metido en este agujero húmedo, bajo la tierra incesantemente barrida por la metralla; y se expresa con resignación risueña, como si el sacrificio fuese naturalísimo; y en el mismo tono, sin el menor acento de queja,

me hablan sus camaradas de la vida de hormigas que allí viven. También son admirables estos pacientes héroes de la obscuridad, tan admirables acaso como sus compañeros que se batían al aire libre, a la luz del día y entre la mútua excitación.

Al salir del subterráneo, donde los ruidos menguaban, vuelve a oírse con claridad el cañoneo, y se experimenta un deslumbramiento ante el inusitado sol que ilumina todas estas níveas blancuras.

Me faltan próximamente dos kilómetros que recorrer, por este singular desierto, para llegar hasta un grupito de escuálidos pinos, que diviso allá en una altura; allí he dado cita al oficial de Ingenieros con quien he de entenderme para cumplir la misión que me han encomendado.

Más que desierto, debiera decir que esto es una ficción de desierto, porque está habitadísimo, *por debajo*, por soldados nuestros, que vigilan arma al brazo y oído alerta; a la más pequeña señal de ataque, saldrían por millares de agujeros; ahora, en el momento actual, en esta anchu-

rosa extensión, tan llena de sol y sin embargo tan fría, se divisa sólo algún que otro capote azul, que vaga yendo de refugio en refugio.

El desierto es terriblemente ruidoso, porque, además de las continuas y más o menos próximas detonaciones de artillería, se oyen volar unos como escarabajos grandes, que pasan produciendo zumbidos análogos a los de los aeroplanos, pero que, a fuerza de velocidad, son por completo invisibles; pasan al azar, y, cuando chocan violentamente la cabeza contra el suelo, vese surgir un surtidor de guijarros, de tierra y de hierro. En el horizonte, hacia el Este, perfilase sobre el fondo del cielo uno de esos túmulos formados por escombros, que señalan hoy el sitio que hasta ayer ocuparon unos pueblos; y sobre ese túmulo se ensañan en caer de preferencia los escarabajos monstruosos, provocando, con cada caída, remolinos de yeso y de polvo: el bombardeo resulta inútil y estúpido, puesto que allí todo está ya destruido.

Hoy especialmente, día de gran deshielo, dos kilómetros de marcha por esta región — donde

se ven obligados a vivir muchísimos de nuestros pobres soldados, — representan lo menos diez kilómetros en terreno mejor; tan difícil es caminar aquí. El barro llega hasta los tobillos, y cuesta infinito trabajo levantar el pie, porque se queda como enlizado. El viento prosigue siendo áspero y glacial; pero, en mitad del cielo excesivamente azul, refulge un sol que quema la cabeza, y, bajo el casco de acero, que resulta cada vez más pesado, corre el sudor por la frente. La nieve se deshace hoy de un modo rápido y visible; todas las tristes y despojadas colinas recobran, en las cumbres, su color castaño, y semejan grupas de animales, recostados en estas llanuras blancas aún.

Es la vez primera que me encuentro tan absoluta e infinitamente solo, en este escenario de inmensa desolación, que, por casualidad, se muestra ahora rebosante de luz, y que, por lo mismo, tiene aspecto acaso más lúgubre. Hasta que llegue al bosquecillo, donde he de desempeñar mi comisión de servicio, no necesito pensar en nada, ni ocuparme en nada; ni en evitar los

proyectiles, porque no debo perder tiempo, ni en elegir sitio para poner los pies, porque se hundan por igual en todas partes. Y he aquí que, poco a poco, mi mentalidad vuelve a ser la que era antaño, una mentalidad anterior a la guerra, y todas estas cosas, a las cuales me había habituado, las contemplo y las juzgo ahora como si fuesen nuevas. Hace no más que una veintena de meses ¿quién hubiera imaginado tales aspectos? Así, estas innumerables tierras excavadas — escombros blancos, puesto que la tierra de esta provincia es blanca, — escombros arrojados por doquiera en largos regueros y que trazan en este desierto multitud de rayas, ¿es posible que indiquen los únicos caminos por los cuales nuestros soldados de Francia pueden actualmente circular con relativa seguridad? Estos caminitos, que son fosos profundos, ondulados unos, rectos otros, y a los que se llama vulgarmente « ramales », se han multiplicado por necesidad, se han multiplicado de tal manera que el suelo está surcado por ellos hasta lo infinito. Además ¡qué prodigioso trabajo estos caminos de topas, que se desarrollan

constituyendo una red de centenares de leguas! Y si a esto se agregan las trincheras, los refugios-cavernas y todas las catacumbas que penetran hasta el centro de las colinas, el ánimo queda absorto ante tantas y tantas excavaciones, que parecen obra de los siglos.

Y si no se estuviese advertido y acostumbrado ¿se comprendería qué pueden ser esta especie de redes? Creeríase que arañas gigantes han tendido sus telas entre millares de estacas, que se prolongan hasta perderse de vista, ya plantadas en líneas rectas, ya formando círculos o medias lunas y trazando en la extensión dibujos que deben de ser cabalísticos para que envuelvan mejor a los Bárbaros y les obstruyan el paso. Desde la última vez que crucé por aquí, han sido terriblemente reforzadas, dobladas y decuplicadas estas redes de detención, y nuestros soldados tejedores de lazos habrán tramado, ahí dentro, vueltas y revueltas con sus enormes carretes de alambre espinoso bajo el brazo, hasta obtener estos laberintos inextricables...

Pero, por ejemplo, lo que se manifiesta a sim-

ple vista y lo que añade una nota más al horror fúnebre del conjunto, es la serie de cercados que surgen de trecho en trecho, la serie de empalizadas que encierran a grupos apretados de humildes crucecitas funerarias fabricadas con dos trozos de madera. Inmediatamente ¡ay! se comprende lo que esto es. Así, pues, arrullados por el fragor del cañoneo, como si la batalla no hubiese terminado para ellos, yacen aquí nuestros amados desaparecidos, nuestros héroes oscuros y sublimes, — a los cuales nadie puede aproximarse en este momento, ni aun los que los lloran, porque la muerte no cesa de surcar el aire por encima de las silenciosas agrupaciones de sus tumbas...

¡Ah! Para completar la inverosimilitud de todo, ahora asoma un pájaro negro de gigantescas proporciones, un mónstruo del Apocalipsis, que vuela muy alto, con gran ruido. Va con rumbo al territorio de Francia, buscando sin duda la región más amparada, donde pueden encontrarse mujeres y niños, con la esperanza de derribar a unos cuantos...

Sigo caminando, en el supuesto de que merezca llamarse caminar a esta fatigosa e inacabable serie de hundimientos en la nieve y en el barro glacial. Y, al fin, llego al bosquecillo de árboles en que he de celebrar la entrevista; ya lo deseaba yo, porque el casco y el capote eran una carga bajo este ardoroso e imprevisto sol. He acudido anticipándome a la hora señalada; el oficial a quien he citado — para tratar de nuevas obras de defensa, de nuevas líneas de alambradas y de nuevos agujeros, — es sin duda aquella figura azulada que viene hacia aquí hollando las alfombras de nieve; pero está lejos, y aun dispongo de algunos instantes para continuar mi ensueño del camino, antes de que suene la hora de hablar, con precisión y seriedad, de asuntos serios. Evidentemente, el sitio en que estoy no puede considerarse como muy seguro, porque sabido es que a estos escuálidos ramajes, ya medio destrozados, los atravesarían, como a delgadas hojas de papel, los gruesos y zumbadores abejorros que pasan de vez en cuando; pero, no importa, un bosquecillo constituye siempre algo que acom-

paña, que ampara, que infunde una ilusión.

Me encuentro en un altozano, donde el viento sopla dejando sentir más su frialdad, y desde donde abarco el conjunto del espantoso paisaje: la sucesión de colinas monotonas listadas por los ramales blancuzcos, y los escasísimos árboles que ha desgreadado la metralla. En la lejanía, las redes metálicas, tendidas por todas partes, brillan ligeramente al sol, remedando en cierto modo a los hilillos de la Virgen que aparecen cubriendo los prados en primavera. Y, por doquier, las detonaciones de artillería producen su estruendo habitual, que es aquí incesante, noche y día; estruendo análogo al de la mar al romper en los acantilados...

¡Ah! El pajarraco negro ha encontrado con quien entenderse en los aires. Lo veo de repente asaltado por multitud de esos copos de algodón blanco (estallidos de *shrapnels*) que tienen aspecto muy inofensivo, pero que son peligrosísimos para pajarracos de tal especie. Entonces se apresura a retroceder, dejando para otra ocasión los crímenes que se proponía perpetrar.

De allende una elevación vecina, sale una procesión de personajes azules, que llegarán hasta mí antes que el oficial que camina aún a mucha distancia. Esa procesión es una entre las mil que, desgraciadamente, se ven a todas horas en la línea de combate y que forman, en cierto modo, parte del espectáculo. A la cabeza, cuatro soldados conducen unas parihuelas, y detrás marchan otros para relevarlos. Atraídos, también, por la protección ilusoria de las ramas, se detienen instintivamente a la entrada del bosquecillo, para tomar aliento y cambiarse la carga de un hombro a otro. Vienen de las trincheras de primera línea, que distan de aquí tres o cuatro kilómetros, y van a llevar un herido grave a una ambulancia subterránea, teniendo ya que andar sólo un cuarto de hora. Tampoco ellos habían previsto este molestísimo sol de Marzo que abrasa las cabezas, y no se han despojado del casco ni del capote de invierno, que les pesan tanto como la delicada carga, a la cual procuran transportar sin zarandeos; además, al mover cada pierna, han de arrastrar una gruesa envoltura de nieve

y de barro pegajoso, que les hace aparecer como fenómenos provistos de patas de elefante; el sudor corre, en gotas grandes, por sus rostros fatigados y animosos.

— « ¿Qué tiene este herido? », les pregunto en voz baja.

Y en voz aun más baja me contestan : « Tiene el vientre destrozado... ¡Oh! El médico de la trinchera ha dicho que... » Terminan la frase con un movimiento de cabeza; me basta para entenderlos. El herido permanece inmóvil. Mantiene una de las manos colocada sobre la frente y los ojos, para resguardarlos sin duda de la acción demasiado fuerte del sol. Entonces se me ocurre advertir : « ¿Por qué no le han cubierto ustedes la cara? » — « Le pusimos un pañuelo, mi Coronel, pero se lo quitó; dijo que prefería estar así, *para continuar viendo las cosas por entre los dedos...* »

¡Ah! Los dos últimos soldados del cortejo, a más del sudor, muestran sangre que les inunda el rostro y que les corre en hilos por el cuello. « Lo nuestro no tiene importancia, mi Coronel; son

arañazos que hemos pescado tan pronto como nos pusimos en marcha. Comenzamos a conducir al herido por los caminejos, por los ramales, pero recibía muchas sacudidas, y entonces decidimos salir a campo descubierto.

¡Pobres y adorables aturridos! ¡Para evitar molestias al herido, arriesgaron todos, sin temor, sus existencias! Dos o tres de los mortíferos abejorros, que no cesan de zumbar por aquí, cayeron junto a ellos, sobre piedras, y, los fragmentos de estas, saltaron y les produjeron lesiones; contra un paseante aislado como yo, los alemanes desdennan disparar; pero un grupo, y especialmente una camilla, les atrae de manera irresistible. De los dos que chorrean sangre, uno de ellos no ha recibido, al parecer, daño importante; pero el otro ha perdido una oreja, y sólo le queda un jirón que casi no se sostiene. « Amigo, es preciso que vaya usted en seguida a la ambulancia, para que lo curen, le digo. — Sí, mi Coronel... Justamente vamos allá... a la ambulancia... Ha venido bien esta comisión. » Y todo lo que se le ocurre como queja, es exclamar : « Ha venido bien esta

comisión. » ¡Y lo dice con sonrisa bondadosa y tranquila, agradeciéndome que me interese por él!...

Por miedo de turbar su último sueño, vacilaba yo en mirar de cerca al herido grave, que prosigue sin pestañear. No obstante, me aproximo suavísimamente, porque van a cargar con él.

¡Ah! ¡Es casi un niño! Es un muchacho campesino; se adivina esto al ver sus mejillas bronceadas, que apenas si han comenzado a palidecer. El sol, como el herido deseaba, le ilumina de lleno su guapo rostro de veinte años, enérgico y candoroso al mismo tiempo, y una de sus manos prosigue colocada en forma de visera ante los ojos, que están fijos, y que parecen haber concluido de mirar. Han debido de administrarle morfina, para impedir, al menos, que sufra demasiado. Humilde hijo de nuestros campos, ser pequeño y efímero, ¿en qué soñará, si es que aun sueña? ¿Tal vez en una mamá, tocada con blanca cofia, que lloraba dulces lágrimas siempre que reconocía el carácter de letra infantil del hijo en el sobre de una carta procedente de la línea de

combate? ¿Acaso en el jardín de una granja, pensando que este magnífico sol de Marzo hará que broten allí lozanos vástagos al amparo de algún muro viejo?... Veo en su pecho el pañuelo, con el cual intentaron cubrirle la cara : es un pañuelo elegante, que ostenta bordada una corona de marqués : — la corona de uno de los soldados que conducen la camilla. Sintiendo evidentemente el terror hacia la noche infinita en que iba a hundirse, quiso *continuar viendo las cosas*. Pero incluso este sol, que ahora le producirá deslumbramiento, pronto cesará bruscamente de lucir para él; primero se encontrará sumido en la semiobscuridad de la ambulancia, y, casi en seguida, se encontrará envuelto por la inexorable y eterna noche, en la cual nunca verá brillar un sol de Marzo.

« Dense prisa, amigos míos, les digo. El viento es aquí demasiado fuerte para personas que están sudando como ustedes. »

Los contemplo alejarse, con las piernas completamente enlodadas y recargadas por el peso de las capas de fango que se les han adherido. Mi

admiración y mi cariño los acompañan por ese camino nevado que van recorriendo con muchísimo trabajo.

Y todavía estos son privilegiados, que pueden por lo menos socorrerse unos a otros, y a los cuales manos cuidadosas aguardan, en un refugio subterráneo casi seguro, para curarlos. Pero muy cerca de aquí, en Verdún, hay millares que caen a montones, ahogándose unos a otros, desplomándose los moribundos sobre los cadáveres, sin auxilio posible, en los inmensos mataderos tan sabia como detenidamente preparados por el kaiser, en honor de la juvenil nulidad feroz que tiene por hijo.

XXIV

EN SOISSONS

Septiembre de 1915.

Esta es una de nuestras grandes ciudades mártires del Norte en la que no se puede entrar sino por senderos apartados y cubiertos, y empleando precauciones de piel roja en mitad del bosque, porque los Bárbaros están ocultos por doquier, así en la tierra como en la colina inmediata, y, con sus perversos anteojos, vigilan los caminos para regar con metralla a los que se atreven a aventurarse por ellos.

Una adorable tarde de Septiembre, me han guiado, hasta esta ciudad, oficiales habituados a sus peligrosos rodeos; marchando en ziszás por las hondonadas, y recorriendo jardines abandonados, entre las últimas rosas y los árboles llenos